

JOSE CADALSO Y VAZQUEZ DE ANDRADE – Cartas Marruecas

Maria Cândida Figueiredo Moura da Silva

ACÁCIA

Número 01, dezembro de 2018

URL: www.revista-acacia.com.br/2018/02/jose-cadalso-y-vazquez-de-andrade

www.revista-acacia.com.br



Como citar esta tradução

VÁZQUEZ DE ANDRADE, José Cadalso y. Cartas Marruecas. Tradução, prefácio e notas: Maria Cândida Figueiredo Moura da Silva. **Acácia - revista de tradução**, Florianópolis, v. 1, n. 2, p. 333-388, 2018. ISSN 2595-3915. Disponível em: <<http://www.revista-acacia.com.br/2018/02/jose-cadalso-y-vazquez-de-andrade>>.



Sobre o autor

José Cadalso y Vázquez de Andrade, também conhecido sobre o pseudônimo literário de Dalmiro, nasceu em 08 de outubro de 1741 na cidade de Cádiz e faleceu em 26 de fevereiro de 1782, aos quarenta anos, na cidade de San Roque. Foi escritor e militar espanhol que faleceu em combate. Casou-se com a atriz María Ignacia Ibáñez que morreu prematuramente aos vinte e seis anos. Suas principais obras são: *Los Eruditos a la Violeta*, *Noches Lúgubres* e *Cartas marruecas*. Escreveu poesia, prosa e peças teatrais que frequentemente traziam críticas e reflexões sobre a sociedade espanhola do século XVIII. Em sua carreira militar, participou do grande cerco de Gibraltar cujo desempenho concedeu a ele a patente de general. Um mês após este acontecimento, José Caldaso faleceu ao receber um ataque durante um combate.

Sobre o texto

Cartas Marruecas é um romance epistolar publicada postumamente em 1789. Trata-se de um conjunto de noventa cartas que contam a história de Gazel, um jovem marroquino que viajou por toda a Espanha na comitiva do embaixador do Marrocos. Nesta obra é possível perceber duras críticas sobre a decadência da Espanha da época em comparação com outros países europeus. Ademais, por meio de narrativas que se desdobram em meio às cartas, é possível conhecer sobre assuntos que permeiam o âmbito da religião, da sociedade e da literatura.

Sobre a tradutora

Maria Cândida Figueiredo Moura da Silva é atualmente doutoranda do Programa de Pós-Graduação em Estudos da Tradução da Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC). É graduada em Línguas Estrangeiras Aplicadas ao Multilinguismo e à Sociedade da Informação pela Universidade de Brasília (UnB) e mestra em Estudos da Tradução pela mesma universidade. Dedicase à Tradução Etnográfica e à Lexicografia Multilíngue, abarcando em seus trabalhos, conjuntamente, o português, o inglês e o espanhol. Tem experiência como professora de inglês e tradutora freelancer. E-mail: maria.fms@hotmail.com.

CARTAS MARRUECAS

Carta I

Gazel a Ben-Beley

He logrado quedarme en España después del regreso de nuestro embajador, como lo deseaba muchos días ha, y te lo escribí varias veces durante su mansión en Madrid. Mi ánimo era viajar con utilidad, y este objeto no puede siempre lograrse en la comitiva de los grandes señores, particularmente asiáticos y africanos. Éstos no ven, digámoslo así, sino la superficie de la tierra por donde pasan; su fausto, los ningunos antecedentes por donde indagar las cosas dignas de conocerse, el número de sus criados, la ignorancia de las lenguas, lo sospechosos que deben ser en los países por donde caminan, y otros motivos, les impiden muchos medios que se ofrecen al particular que viaja con menos nota. Me hallo vestido como estos cristianos, introducido en muchas de sus casas, poseyendo su idioma, y en amistad muy estrecha con un cristiano llamado Nuño Núñez, que es hombre que ha pasado por muchas vicisitudes de la suerte, carreras y métodos de vida. Se halla ahora separado del mundo y, según su expresión, encarcelado dentro de sí mismo. En su compañía se me pasan con gusto las horas, porque procura instruirme en todo lo que pregunto; y lo hace con tanta sinceridad, que algunas veces me dice: «De eso no entiendo»; y otras: «De eso no quiero entender». Con estas proporciones hago ánimo de examinar no sólo la corte, sino todas las provincias de la Península. Observaré las costumbres de este pueblo, notando las que le son comunes con las de otros países de Europa, y las que le son peculiares. Procuraré despojarme de muchas preocupaciones que tenemos los moros contra los cristianos, y particularmente contra

los españoles. Notaré todo lo que me sorprenda, para tratar de ello con Nuño y después participártelo con el juicio que sobre ello haya formado. Con esto respondo a las muchas que me has escrito pidiéndome noticias del país en que me hallo. Hasta entonces no será tanta mi imprudencia que me ponga a hablar de lo que no entiendo, como lo sería decirte muchas cosas de un reino que hasta ahora todo es enigma para mí, aunque me sería esto muy fácil: sólo con notar cuatro o cinco costumbres extrañas, origen no me tomaría el trabajo de indagar, ponerlas en estilo suelto y jocoso, añadir algunas reflexiones satíricas y soltar la pluma con la misma ligereza que la tomé, completaría mi obra, como otros muchos lo han hecho. Pero tú me enseñaste, oh mi venerado maestro, tú me enseñaste a amar la verdad. Me dijiste mil veces que faltar a ella es delito aun en las materias frívolas. Era entonces mi corazón tan tierno, y tu voz tan eficaz cuando me imprimiste en él esta máxima, que no la borraré la sucesión de los tiempos. Alá te conserve una vejez sana y alegre, fruto de una juventud sobria y contenida, y desde África prosigue enviándome a Europa las saludables advertencias que acostumbras. La voz de la virtud cruza los mares, frustra las distancias y penetra el mundo con más excelencia que la luz del sol, pues esta última cede parte de su imperio a las tinieblas de la noche, y aquélla no se oscurece en tiempo alguno. ¿Qué será de mí en un país más ameno que el mío, y más libre, si no me sigue la idea de tu presencia, representada en tus consejos? Ésta será una sombra que me seguirá en medio del encanto de Europa; una especie de espíritu tutelar que me sacará de la orilla del precipicio; o como el trueno, cuyo estrépito y estruendo detiene la mano que iba a cometer el delito.

Carta II

Del mismo al mismo

Aún no me hallo capaz de obedecer a las nuevas instancias que me haces sobre que te remita las observaciones que voy haciendo en la capital de esta vasta monarquía. ¿Sabes tú cuántas cosas se necesitan para formar una verdadera idea del país en que se viaja? Bien es verdad que, habiendo hecho varios viajes por Europa, me hallo más capaz, o por mejor decir, con menos obstáculos que otros africanos; pero aun así, he hallado tanta diferencia entre los europeos que no basta el conocimiento de uno de los países de esta parte del mundo para juzgar de otros estados de la misma. Los europeos no parecen vecinos: aunque la exterioridad los haya uniformado en mesas, teatros y paseos, ejército y lujo, no obstante las leyes, vicios, virtudes y gobierno son sumamente diversos y, por consiguiente, las costumbres propias de cada nación. Aun dentro de la española, hay variedad increíble en el carácter de sus provincias. Un andaluz en nada se parece a un vizcaíno; un catalán es totalmente distinto de un gallego; y lo mismo sucede entre un valenciano y un montañés. Esta península, dividida tantos siglos en diferentes reinos, ha tenido siempre variedad de trajes, leyes, idiomas y moneda. De esto inferirás lo que te dije en mi última sobre la ligereza de los que por cortas observaciones propias, o tal vez sin haber hecho alguna, y sólo por la relación de viajeros poco especulativos, han hablado de España. Déjame enterar bien en su historia, leer sus autores políticos, hacer muchas preguntas, muchas reflexiones, apuntarlas, repasarlas con madurez, tomar tiempo para cerciorarme en el juicio que formé de cada cosa, y entonces prometo complacerte. Mientras tanto no hablaré en mis cartas sino de mi salud, que te ofrezco, y de la tuya que deseo completa, para enseñanza mía, educación de tus nietos, gobierno de tu familia y bien de todos los que te conozcan y traten.

Carta III

Del mismo al mismo

En los meses que han pasado desde la última que te escribí, me he impuesto en la historia de España. He visto lo que de ella se ha escrito desde tiempos anteriores a la invasión de nuestros abuelos y su establecimiento en ella. Como esto forma una serie de muchos años y siglos, en cada uno de los cuales han acaecido varios sucesos particulares, cuyo influjo ha sido visible hasta en los tiempos presentes, el extracto de todo esto es obra muy larga para remitida en una carta, y en esta especie de trabajos no estoy muy práctico. Pediré a mi amigo Nuño que se encargue de ello y te lo remitiré. No temas que salga de sus manos viciado el extracto de la historia del país por alguna preocupación nacional, pues le he oído decir mil veces que, aunque ama y estima a su patria por juzgarla dignísima de todo cariño y aprecio, tiene por cosa muy accidental el haber nacido en esta parte del globo, o en sus antípodas, o en otra cualquiera. En este estado quedó esta carta tres semanas ha, cuando me asaltó una enfermedad en cuyo tiempo no se apartó Nuño de mi cuarto; y haciéndole en los primeros días el encargo arriba dicho, lo desempeñó luego que salí del peligro. En mi convalecencia me lo leyó, y lo hallé en todo conforme a la idea que yo mismo me había figurado; te lo remito tal cual pasó de sus manos a las mías. No lo pierdas de vista mientras durare el tiempo de que nos correspondamos sobre estos asuntos, por ser ésta una clave precisa para el conocimiento del origen de todos los usos y costumbres dignos de la observación de un viajero como yo, que ando por los países de que escribo, y del estudio de un sabio como tú, que ves todo el orbe desde tu retiro. «La península llamada España sólo está contigua al continente de Europa por el lado de

Francia, de la que la separan los montes Pirineos. Es abundante en oro, plata, azogue, piedras, aguas minerales, ganados de excelentes calidades y pescas tan abundantes como deliciosas. Esta feliz situación la hizo objeto de la codicia de los fenicios y otros pueblos. Los cartagineses, parte por dolo y parte por fuerza, se establecieron en ella; y los romanos quisieron completar su poder y gloria con la conquista de España, pero encontraron una resistencia que pareció tan extraña como terrible a los soberbios dueños de lo restante del mundo. Numancia, una sola ciudad, les costó catorce años de sitio, la pérdida de tres ejércitos y el desdoro de los más famosos generales; hasta que, reducidos los numantinos a la precisión de capitular o morir, por la total ruina de la patria, corto número de vivos y abundancia de cadáveres en las calles (sin contar los que habían servido de pasto a sus conciudadanos después de concluidos todos sus víveres), incendiaron sus casas, arrojaron sus niños, mujeres y ancianos en las llamas, y salieron a morir en el campo raso con las armas en la mano. El grande Escipión fue testigo de la ruina de Numancia, pues no puede llamarse propiamente conquistador de esta ciudad; siendo de notar que Lúculo, encargado de levantar un ejército para aquella expedición, no halló en la juventud romana recluta que llevar, hasta que el mismo Escipión se alistó para animarla. Si los romanos conocieron el valor de los españoles como enemigos, también experimentaron su virtud como aliados. Sagunto sufrió por ellos un sitio igual al de Numancia, contra los cartagineses; y desde entonces formaron los romanos de los españoles el alto concepto que se ve en sus autores, oradores, historiadores y poetas. Pero la fortuna de Roma, superior al valor humano, la hizo señora de España como de lo restante del mundo, menos algunos montes de Cantabria, cuya total conquista no consta de la historia de modo que no pueda revocarse en duda. Largas revoluciones inútiles de contarse en este paraje trajeron del Norte enjambres de naciones feroces, codiciosas y guerreras, que se establecieron en España. Pero con las delicias de este clima tan diferente del que habían dejado, cayeron en tal grado de afeminación y flojedad, que a su tiempo fueron esclavos de otros conquistadores venidos de Mediodía.

Huyeron los godos españoles hasta los montes de una provincia hoy llamada Asturias, y apenas tuvieron tiempo de desechar el susto, llorar la pérdida de sus casas y ruina de su reino, cuando volvieron a salir mandados por Pelayo, uno de los mayores hombres que naturaleza ha producido.

»Desde aquí se abre un teatro de guerras que duraron cerca de ocho siglos. Varios reinos se levantaron sobre la ruina de la monarquía goda española, destruyendo el que querían edificarlos moros en el mismo terreno, regado con más sangre española, romana, cartaginesa, goda y mora de cuanto se puede ponderar con horror de la pluma que lo escriba y de los ojos que lo vean escrito. Pero la población de esta península era tal que, después de tan largas y sangrientas guerras, aún se contaban veinte millones de habitantes en ella. Incorporáronse tantas provincias tan diferentes en dos coronas, la de Castilla y la de Aragón, y ambas en el matrimonio de don Fernando y doña Isabel, príncipes que serán inmortales entre cuantos sepan lo que es gobierno. La reforma de abusos, aumento de las ciencias, humillación de los soberbios, amparo de la agricultura, y otras operaciones semejantes, formaron esta monarquía. Ayudoles la naturaleza con un número increíble de vasallos insignes en letras y armas, y se pudieron haber lisonjeado de dejar a sus sucesores un imperio mayor y más duradero que el de la Roma antigua (contando las Américas nuevamente descubiertas), si hubieran logrado dejar su corona a un heredero varón. Nególes el cielo este gozo a trueque de tantos como les había concedido, y su cetro pasó a la casa de Austria, la cual gastó los tesoros, talentos y sangre de los españoles por las continuas guerras que, así en Alemania como en Italia, tuvo que sostener Carlos I de España, hasta que cansado de sus mismas prosperidades, o tal vez conociendo con prudencia la vicisitud de las cosas humanas, no quiso exponerse a sus reveses y dejó el trono a su hijo don Felipe II.

»Este príncipe, acusado por la emulación de ambicioso y político como su padre, pero menos

afortunado, siguiendo los proyectos de Carlos, no pudo hallar los mismos sucesos aun a costa de ejércitos, armadas y caudales. Murió dejando su pueblo extenuado con las guerras, afeminado con el oro y plata de América, disminuido con la población de un mundo nuevo, disgustado con tantas desgracias y deseoso de descanso. Pasó el cetro por las manos de tres príncipes menos activos para manejar tan grande monarquía, y en la muerte de Carlos II no era España sino el esqueleto de un gigante».

Hasta aquí mi amigo Nuño. De esta relación inferirás como yo: primero, que esta península no ha gozado una paz que pueda llamarse tal en cerca de dos mil años, y que por consiguiente es maravilla que aún tengan hierba los campos y aguas sus fuentes, ponderación que suele hacer Nuño cuando se habla de su actual estado; segundo, que habiendo sido la religión motivo de tantas guerras contra los descendientes de Tarif, no es mucho que sea objeto de todas sus acciones; tercero, que la continuación de estar con las armas en la mano les haya hecho mirar con desprecio el comercio e industria mecánica; cuarto, que de esto mismo nazca lo mucho que cada noble en España se envanece de su nobleza; quinto, que los muchos caudales adquiridos rápidamente en las Indias distraen a muchos de cultivar las artes mecánicas en la península y de aumentar su población. Las demás consecuencias morales de estos eventos políticos irás notando en las cartas que escribiré sobre estos asuntos.

Carta IV

Del mismo al mismo

Los europeos del siglo presente están insufribles con las alabanzas que amontonan sobre la era en que han nacido. Si los creyeras, dirías que la naturaleza humana hizo una prodigiosa e increíble crisis precisamente a los mil y setecientos años cabales de su nueva cronología. Cada particular funda una vanidad grandísima en haber tenido muchos abuelos no sólo tan buenos como él, sino mucho mejores, y la generación entera abomina de las generaciones que le han precedido. No lo entiendo.

Mi docilidad aun es mayor que su arrogancia. Tanto me han dicho y repetido de las ventajas de este siglo sobre los otros, que me he puesto muy de veras a averiguar este punto. Vuelvo a decir que no lo entiendo; y añado que dificulto si ellos se entienden a sí mismos.

Desde la época en que ellos fijan la de su cultura, hallo los mismos delitos y miserias en la especie humana, y en nada aumentadas sus virtudes y comodidades. Así se lo dije con mi natural franqueza a un cristiano que el otro día, en una concurrencia bastante numerosa, hacía una apología magnífica de la edad, y casi del año, que tuvo la dicha de producirle. Espantose de oírme defender la contraria de su opinión; y fue en vano cuanto le dije, poco más o menos del modo siguiente:

«No nos dejemos alucinar de la apariencia, y vamos a lo sustancial. La excelencia de un siglo sobre otro creo debe regularse por las ventajas morales o civiles que produce a los hombres. Siempre que éstos sean mejores, diremos también que su era es superior en lo moral a la que no produjo tales proporciones; entendiéndose en ambos casos esta ventaja en el mayor número. Sentado este principio, que me parece justo, veamos ahora qué ventajas morales y civiles tiene tu siglo de mil setecientos sobre los anteriores. En lo civil, ¿cuáles son las ventajas que tiene? Mil artes se han perdido de las que florecieron en la antigüedad; y las que se

han adelantado en nuestra era, ¿qué producen en la práctica, por mucho que ostenten en la especulativa? Cuatro pescadores vizcaínos en unas malas barcas hacían antiguamente viajes que no se hacen ahora sino rara vez y con tantas y tales precauciones que son capaces de espantar a quien los emprende. De la agricultura, la medicina, ¿sin preocupación no puede decirse lo mismo?

»Por lo que toca a las ventajas morales, aunque la apariencia favorezca nuestros días, en la realidad ¿qué diremos? Sólo puedo asegurar que este siglo tan feliz en tu dictamen ha sido tan desdichado en la experiencia como los antecedentes. Quien escriba sin lisonja la historia, dejará a la posteridad horrorosas relaciones de príncipes dignísimos destronados, quebrantados tratados muy justos, vendidas muchas patrias dignísimas de amor, rotos los vínculos matrimoniales, atropellada la autoridad paterna, profanados juramentos solemnes, violado el derecho de hospitalidad, destruida la amistad y su nombre sagrado, entregados por traición ejércitos valerosos; y sobre las ruinas de tantas maldades levantarse un suntuoso templo al desorden general.

»¿Qué se han hecho esas ventajas tan jactadas por ti y por tus semejantes? Concédote cierta ilustración aparente que ha despojado a nuestro siglo de la austeridad y rigor de los pasados; pero, ¿sabes de qué sirve esta mutación, este oropel que brilla en toda Europa y deslumbra a los menos cuerdos? Creo firmemente que no sirve más que de confundir el orden respectivo, establecido para el bien de cada estado en particular.

»La mezcla de las naciones en Europa ha hecho admitir generalmente los vicios de cada una y desterrar las virtudes respectivas. De aquí nacerá, si ya no ha nacido, que los nobles de todos los países tengan igual despego a su patria, formando entre todos una nación separada de las otras y distinta en idioma, traje y religión; y que los pueblos sean infelices en igual grado, esto es, en proporción de la semejanza de los nobles. Síguese a

esto la decadencia general de los estados, pues sólo se mantienen los unos por la flaqueza de los otros, y ninguno por fuerza suya o propio vigor. El tiempo que tardan las cortes en uniformarse exactamente en lujo y relajación tardarán también las naciones en asegurarse las unas de la ambición de las otras: y este grado de universal abatimiento parecerá un apetecible sistema de seguridad a los ojos de los políticos afeminados; pero los buenos, los prudentes, los que merecen este nombre, conocerán que un corto número de años las reducirá todas a un estado de flaqueza que les vaticine pronta y horrorosa destrucción. Si desembarcasen algunas naciones guerreras y desconocidas en los dos extremos de Europa, mandadas por unos héroes de aquellos que produce un clima, cuando otro no da sino hombres medianos, no dudo que se encontrarían en la mitad de Europa, habiendo atravesado y destruido un hermosísimo país. ¿Qué obstáculos hallarían de parte de sus habitantes? No sé si lo diga con risa o con lástima: unos ejércitos muy lucidos y simétricos sin duda, pero debilitados por el peso de sus pasiones y mandados por generales en quienes hay menos de lo que se requiere de aquel gran estímulo de un héroe, a saber, el patriotismo. Ni creas que para detener semejantes irrupciones sea suficiente obstáculo el número de las ciudades fortificadas. Si reinan el lujo, la desidia y otros vicios semejantes, fruto de la relajación de las costumbres, éstos sin duda abrirán las puertas de las ciudadelas a los enemigos. La mayor fortaleza, la más segura, la única invencible, es la que consiste en los corazones de los hombres, no en lo alto de los muros ni en lo profundo de los fosos.

»¿Cuáles fueron las tropas que nos presentaron en las orillas de Guadalete los godos españoles? ¡Cuán pronto, en proporción del número, fueron deshechos por nuestros abuelos, fuertes, austeros y atrevidos! ¡Cuán largo y triste tiempo el de su esclavitud! ¡Cuánta sangre derramada durante ocho siglos para reparar el daño que les hizo la afeminación, y para sacudir el yugo que jamás los hubiera oprimido, si hubiesen mantenido el rigor de

las costumbres de sus antepasados!»

No esperaba el apologista del siglo en que nacimos estas razones, y mucho menos las siguientes, en que contraje todo lo dicho a su mismo país, continuando de este modo:

«Aunque todo esto no fuese así en varias partes de Europa, ¿puedes dudarlo respecto de la tuya? La decadencia de tu patria en este siglo es capaz de demostración con todo el rigor geométrico. ¿Hablas de población? Tienes diez millones escasos de almas, mitad del número de vasallos españoles que contaba Fernando el Católico. Esta disminución es evidente. Veo algunas pocas casas nuevas en Madrid y tal cual ciudad grande; pero sal por esas provincias y verás a lo menos dos terceras partes de casas caídas, sin esperanza de que una sola pueda algún día levantarse. Ciudad tienes en España que contó algún día quince mil familias, reducidas hoy a ochocientas. ¿Hablas de ciencias? En el siglo antepasado tu nación era la más docta de Europa, como la francesa en el pasado y la inglesa en el actual; pero hoy, del otro lado de los Pirineos, apenas se conocen los sabios que así se llaman por acá. ¿Hablas de agricultura? Ésta siempre sigue la proporción de la población. Infórmate de los ancianos del pueblo, y oirás lástimas. ¿Hablas de manufacturas? ¿Qué se han hecho las antiguas de Córdoba, Segovia y otras? Fueron famosas en el mundo, y ahora las que las han reemplazado están muy lejos de igualarlas en fama y mérito: se hallan muy en sus principios respecto a las de Francia e Inglaterra».

Me preparaba a proseguir por otros ramos, cuando se levantó muy sofocado el apologista, miró a todas partes y, viendo que nadie le sostenía, jugó como por distracción con los cascabeles de sus dos relojes, y se fue diciendo: -No consiste en eso la cultura del siglo actual, su excelencia entre todos los pasados y venideros, y la felicidad mía y de mis contemporáneos. El punto está en que se come con más primor; los lacayos hablan de

política; los maridos y los amantes no se desafían; y desde el sitio de Troya hasta el de Almeida, no se ha visto producción tan honrosa para el espíritu humano, tan útil para la sociedad y tan maravillosa en sus efectos como los polvos sampareille inventados por Mr. Friboleti en la calle de San Honorato de París.

-Dices muy bien -le repliqué-; y me levanté para ir a mis oraciones acostumbradas, añadiendo una, y muy fervorosa, para que el cielo aparte de mi patria los efectos de la cultura de este siglo, si consiste en lo que éste ponía su defensa.

Carta V

Del mismo al mismo

He leído la toma de Méjico por los españoles y un extracto de los historiadores que han escrito las conquistas de esta nación en aquella remota parte del mundo que se llama América, y te aseguro que todo parece haberse ejecutado por arte mágica: descubrimiento, conquista, posesión, dominio son otras tantas maravillas.

Como los autores por los cuales he leído esta serie de prodigios son todos españoles, la imparcialidad que profeso pide también que lea lo escrito por los extranjeros. Luego sacaré una razón media entre lo que digan éstos y aquéllos, y creo que en ella podré fundar el dictamen más sano. Supuesto que la conquista y dominio de aquel medio mundo tuvieron y aún tienen tanto influjo sobre las costumbres de los españoles, que

son ahora el objeto de mi especulación, la lectura de esta historia particular es un suplemento necesario al de la historia general de España, y clave precisa para la inteligencia de varias alteraciones sucedidas en el estado político y moral de esta nación. No entraré en la cuestión tan vulgar de saber si estas nuevas adquisiciones han sido útiles, inútiles o perjudiciales a España. No hay evento alguno en las cosas humanas que no pueda convertirse en daño o en provecho, según lo maneje la prudencia.

Carta VI

Del mismo al mismo

El atraso de las ciencias en España en este siglo, ¿quién puede dudar que procede de la falta de protección que hallan sus profesores? Hay cochero en Madrid que gana trescientos pesos duros, y cocinero que funda mayorazgos; pero no hay quien no sepa que se ha de morir de hambre como se entregue a las ciencias, exceptuadas las de pane lucrando que son las únicas que dan de comer.

Los pocos que cultivan las otras, son como aventureros voluntarios de los ejércitos, que no llevan paga y se exponen más. Es un gusto oírles hablar de matemáticas, física moderna, historia natural, derecho de gentes, y antigüedades, y letras humanas, a veces con más recato que si hiciesen moneda falsa. Viven en la oscuridad y mueren como vivieron, tenidos por sabios superficiales en el concepto de los que saben poner setenta y siete silogismos seguidos sobre si los cielos son fluidos o sólidos.

Hablando pocos días ha con un sabio escolástico de los más condecorados en su carrera, le oí esta expresión, con motivo de haberse nombrado en la conversación a un sujeto excelente en matemáticas: «Sí, en su país se aplican muchos a esas cosillas, como matemáticas, lenguas orientales, física, derecho de gentes y otras semejantes».

Pero yo te aseguro, Ben-Beley, que si señalasen premios para los profesores, premios de honor, o de interés, o de ambos, ¿qué progresos no harían? Si hubiese siquiera quien los protegiese, se esmerarían sin más estímulo; pero no hay protectores.

Tan persuadido está mi amigo de esta verdad, que hablando de esto me dijo:

«En otros tiempos, allá cuando me imaginaba que era útil y glorioso dejar fama en el mundo, trabajé una obra sobre varias partes de la literatura que había cultivado, aunque con más amor que buen suceso. Quise que saliese bajo la sombra de algún poderoso, como es natural a todo autor principiante. Oí a un magnate decir que todos los autores eran locos; a otro, que las dedicatorias eran estafas; a otro, que renegaba del que inventó el papel; otro se burlaba de los hombres que se imaginaban saber algo; otro me insinuó que la obra que le sería más aceptada, sería la letra de una tonadilla; otro me dijo que me viera con un criado suyo para tratar esta materia; otro ni me quiso hablar; otro ni me quiso responder; otro ni quiso escucharme; y de resultas de todo esto, tomé la determinación de dedicar el fruto de mis desvelos al mozo que traía el agua a casa. Su nombre era Domingo, su patria Galicia, su oficio ya está dicho: conque recogí todos estos preciosos materiales para formar la dedicatoria de esta obra».

Y al decir estas palabras, sacó de la cartera unos cuadernillos, púsose los anteojos, acercose a la luz y, después de haber ojeado, empezó a leer: «Dedicatoria a Domingo de Domingos, aguador decano de la fuente del Ave María». Detúvose mi amigo un poco, y me dijo: -¡Mira qué Mecenas! Prosiguió leyendo:

«Buen Domingo, arquea las cejas; ponte grave; tose; gargajea; toma un polvo con gravedad; bosteza con estrépito; tiéndete sobre este banco; empieza a roncar, mientras leo esta mi muy humilde, muy sincera y muy justa dedicatoria. ¿Qué? Te ríes y me dices que eres un pobre aguador, tonto, plebeyo y, por tanto, sujeto poco apto para proteger obras y autores. ¿Pues qué? ¿Te parece que para ser un Mecenas es preciso ser noble, rico y sabio? Mira, buen Domingo, a falta de otros tú eres excelente. ¿Quién me quitará que te llame, si quiero, más noble que Eneas, más guerrero que Alejandro, más rico que Cresos, más hermoso que Narciso, más sabio que los siete de Grecia, y todos los mases que me vengan a la pluma? Nadie me lo puede impedir, sino la verdad; y ésta, has de saber que no ata las manos a los escritores, antes suelen ellos atacarla a ella, y cortarla las piernas, y sacarla los ojos, y tapparla la boca. Admite, pues, este obsequio literario: sepa la posteridad que Domingo de Domingos, de inmemorial genealogía, aguador de las más famosas fuentes de Madrid, ha sido, es y será el único patrón, protector y favorecedor de esta obra.

«¡Generaciones futuras!, ¡familias de venideros siglos!, ¡gentes extrañas!, ¡naciones no conocidas!, ¡mundos aún no descubiertos! Venerad esta obra, no por su mérito, hartito pequeño y trivial, sino por el sublime, ilustre, excelente, egregio, encumbrado y nunca bastantemente aplaudido nombre y título de mi Mecenas.

»¡Tú, monstruo horrendo, envidia, furia tan bien pintada por Ovidio, que sólo está mejor retratada en la cara de algunos amigos míos! Muerde con tus mismos negros dientes tus maldicientes y rabiosos labios, y tu

ponzoñosa y escandalosa lengua; vuelva a tu pecho infernal la envenenada saliva que iba a dar horrorosos movimientos a tu maldiciente boca, más horrenda que la del infierno, pues ésta sólo es temible a los malvados y la tuya aún lo es más a los buenos.

»Perdona, Domingo, esta bocanada de cosas, que me inspira la alta dicha de tu favor. Pero ¿quién en la rueda de la fortuna no se envanece en lo alto de ella? ¿Quién no se hincha con el soplo lisonjero de la suerte? ¿Quién desde la cumbre de la prosperidad no se juzga superior a los que poco antes se hallaban en el mismo horizonte? Tú, tú mismo, a quien contemplo mayor que muchos héroes de los que no son aguadores, ¿no te sientes el corazón lleno de una noble presunción cuando llegas con tu cántaro a la fuente y todos te hacen lugar? ¡Con qué generoso fuego he visto brillar tus ojos cuando recibes este obsequio de tus compañeros, compañeros dignísimos, obsequio que tanto mereces por tus canas nacidas en subir y bajar las escaleras de mi casa y otras! ¡Ay de aquel que se resistiera! ¡Qué cantarazo llevara! Si todos se te rebelaran, a todos aterrarías con tu cántaro y puño, como Júpiter a los Gigantes con sus rayos y centellas. A los filósofos parecería exceso ridículo de orgullo esta amenaza (y la de otros héroes de esta clase); pero ¿quiénes son los filósofos? Unos hombres rectos y amantes de las ciencias, que quisieron hacer a todos los hombres odiar las necedades; que tienen la lengua unísona con el corazón y otras ridiculeces semejantes. Vuélvanse, pues, los filósofos a sus guardillas, y dejen rodar la bola del mundo por esos aires de Dios, de modo que a fuerza de dar vueltas se desvanezcan las pocas cabezas que aún se mantienen firmes y todo el mundo se convierta en un espacioso hospital de locos».

Carta VII

Del mismo al mismo

En el imperio de Marruecos todos somos igualmente despreciables en el concepto del emperador y despreciados en el de la plebe, siendo muy accidental la distinción de uno o otro individuo para él mismo, y de ninguna esperanza para sus hijos; pero en Europa son varias las clases de vasallos en el dominio de cada monarca.

La primera consta de hombres que poseen inmensas riquezas de sus padres y dejan por el mismo motivo a sus hijos considerables bienes. Ciertos empleos se dan a éstos solos, y gozan con más inmediatez el favor del soberano. A esta jerarquía sigue otra de nobles menos condecorados y poderosos. Su mucho número llena los empleos de las tropas, armadas, tribunales, magistraturas y otros, que en el gobierno monárquico no suelen darse a los plebeyos, sino por algún mérito sobresaliente.

Entre nosotros, siendo todos iguales, y poco duraderas las dignidades y posesiones, no se necesita diferencia en el modo de criar los hijos; pero en Europa la educación de la juventud debe mirarse como objeto de la primera importancia. El que nace en la ínfima clase de las tres, y que ha de pasar su vida en ella, no necesita estudios, sino saber el oficio de su padre en los términos en que se lo ve ejercer. El de la segunda ya necesita otra educación para desempeñar los empleos que ha de ocupar con el tiempo. Los de la primera se ven precisados a esto mismo con más fuerte obligación, porque a los 25 años, o antes, han de gobernar sus estados, que son muy vastos, disponer de inmensas rentas, mandar cuerpos militares, concurrir con los embajadores,

frecuentar el palacio y ser el dechado de los de la segunda clase.

Esta teoría no siempre se verifica con la exactitud que se necesita. En este siglo se nota alguna falta de esto en España. Entre risa y llanto me contó Nuño un lance que parece de novela, en que se halló, y que prueba la viveza de los talentos de la juventud española, singularmente en algunas provincias; pero antes de contármelo, puso el preludio siguiente:

-Días ha que vivo en el mundo como si me hallara fuera de él. En este supuesto, no sé a cuántos estamos de educación pública; y lo que es más, tampoco quiero saberlo. Cuando yo era capitán de infantería, me hallaba en frecuentes concursos de gentes de todas clases: noté esta misma desgracia y, queriendo remediarla en mis hijos, si Dios me los daba, leí, oí, medité y hablé mucho sobre esta materia. Hallé diferentes pareceres: unos sobre que convenía tal educación, otros sobre que convenía tal otra, y también alguno sobre que no convenía ninguna.

Pero me acuerdo que yendo a Cádiz, donde se hallaba mi regimiento de guarnición, me extravié y me perdí en un monte. Iba anocheciendo, cuando me encontré con un caballerete de hasta 22 años, de buen porte y presencia. Llevaba un arrogante caballo, sus dos pistolas primorosas, calzón y ajustador de ante con muchas docenas de botones de plata, el pelo dentro de una redecilla blanca, capa de verano caída sobre el anca del caballo, sombrero blanco finísimo y pañuelo de seda morado al cuello. Nos saludamos, como es regular, y preguntándole por el camino de tal parte, me respondió que estaba lejos de allí; que la noche ya estaba encima y dispuesta a tronar; que el monte no era muy seguro; que mi caballo estaba cansado; y que, en vista de todo esto, me aconsejaba y suplicaba que fuese con él a un cortijo de su abuelo, que estaba a media legua corta. Lo dijo

todo con tanta franqueza y agasajo, y lo instó con tanto empeño, que acepté la oferta. La conversación cayó, según costumbre, sobre el tiempo y cosas semejantes; pero en ella manifestaba el mozo una luz natural clarísima con varias salidas de viveza y feliz penetración, lo cual, junto con una voz muy agradable y gusto muy proporcionado, mostraba en él todos los requisitos naturales de un perfecto orador; pero de los artificiales, esto es, de los que enseña el arte por medio del estudio, no se hallaba uno siquiera. Salimos ya del monte cuando, no pudiendo menos de notar lo hermoso de los troncos que acabábamos de ver, le pregunté si cortaban de aquella madera para construcción de navíos.

-¿Qué sé yo de eso? -me respondió con presteza-. Para eso, mi tío el comendador. En todo el día no habla sino de navíos, brulotes, fragatas y galeras. ¡Válgame Dios, y qué pesado está el buen caballero! ¡Poquitas veces hemos oído de su boca, algo trémula por sobra de años y falta de dientes, la batalla de Tolón, la toma de los navíos La Princesa y El Glorioso, la colocación de los navíos de Leso en Cartagena! Tengo la cabeza llena de almirantes holandeses e ingleses. Por cuanto hay en el mundo dejará de rezar todas las noches a San Telmo por los navegantes; y luego entra un gran parladillo sobre los peligros de la mar al que se sigue otro sobre la pérdida de toda una flota entera, no sé qué año, en que se escapó el buen señor nadando, y luego una digresión muy natural y bien traída sobre lo útil que es el saber nadar. Desde que tengo uso de razón no lo he visto corresponderse por escrito con otro que con el marqués de la Victoria, ni le he conocido más pesadumbre que la que tuvo cuando supo la muerte de don Jorge Juan. El otro día estábamos muy descuidados comiendo, y, al dar el reloj las tres, dio una gran palmada en la mesa, que hubo de romperla o romperse las manos, y dijo, no sin muchísima cólera: -A esta hora fue cuando se llegó a nosotros, que íbamos en el navío La Princesa, el tercer navío inglés; y a fe que era muy hermoso: era de noventa cañones. ¡Y qué velero! De eso no he visto. Lo

mandaba un señor oficial. Si no por él, los otros dos no hubiéramos contado el lance. Pero, ¿qué se ha de hacer? ¡Tantos a uno!-. Y en esto le asaltó la gota que padece días ha, y que nos valió un poco de descanso, porque si no, tenía traza de irnos contando de uno en uno todos los lances de mar que ha habido en el mundo desde el arca de Noé.

Cesó por un rato el mozalbete la murmuración contra un tío tan venerable, según lo que él mismo contaba; y al entrar en un campo muy llano, con dos lugarcitos que se descubrían a corta distancia el uno del otro: -¡Bravo campo -dije yo- para disponer setenta mil hombres en batalla!- Con ésas a mi primo el cadete de Guardias -respondió el otro con igual desembarazo. Sabe cuántas batallas se han dado desde que los ángeles buenos derrotaron a los malos. Y no es lo más eso, sino que sabe también las que se perdieron, por qué se perdieron; las que se ganaron, por qué se ganaron; y por qué quedaron indecisas las que ni se ganaron ni se perdieron. Ya lleva gastados no sé cuántos doblones en instrumentos de matemáticas, y tiene un baúl lleno de unos planos, que él llama, y son unas estampas feas que ni tienen caras ni cuerpos.

Procuré no hablarle más de ejército que de marina, y sólo le dije: -No será lejos de aquí la batalla que se dio en tiempo de don Rodrigo y fue tan costosa como nos dice la historia. -¡Historia! -dijo-. Me alegrara que estuviera aquí mi hermano el canónigo de Sevilla; yo no la he aprendido, porque Dios me ha dado en él una biblioteca viva de todas las historias del mudo. Es mozo que sabe de qué color era el vestido que llevaba puesto el rey don Fernando cuando tomó a Sevilla.

Llegábamos ya cerca del cortijo, sin que el caballero me hubiese contestado a materia alguna de cuantas le toqué. Mi natural sinceridad me llevó a preguntarle cómo le habían educado, y me respondió: -A mi gusto, al

de mi madre y al de mi abuelo, que era un señor muy anciano que me quería como a las niñas de sus ojos. Murió de cerca de cien años de edad. Había sido capitán de Lanzas de Carlos II, en cuyo palacio se había criado. Mi padre bien quería que yo estudiase, pero tuvo poca vida y autoridad para conseguirlo. Murió sin tener el gusto de verme escribir. Ya me había buscado un ayo, y la cosa iba de veras, cuando cierto accidentillo lo descompuso todo.

-¿Cuáles fueron sus primeras lecciones? -pregunté yo. - Ninguna -respondió el muchacho-; ya sabía yo leer un romance y tocar unas seguidillas; ¿para qué necesita más un caballero? Mi dómene bien quiso meterme en honduras, pero le fue muy mal y hubo de irle mucho peor. El caso fue que había yo concurrido con otros amigos a un encierro. Súpolo, y vino tras mí a oponerse a mi voluntad. Llegó precisamente a tiempo que los vaqueros me andaban enseñando cómo se toma la vara. No pudo traerle su desgracia a peor ocasión. A la segunda palabra que quiso hablar, le di un varazo tan fuerte en medio de la cabeza, que se la abrí en más cascotes que una naranja; y gracias a que me contuve, porque mi primer pensamiento fue ponerle una vara lo mismo que a un toro de diez años; pero, por primera vez, me contenté con lo dicho. Todos gritaban: ¡Viva el señorito! Y hasta el tío Gregorio, que es hombre de pocas palabras, exclamó: -¡Lo ha hecho uzía como un ángel del cielo!

-¿Quién es ese tío Gregorio? -pregunté, atónito de que aprobase tal insolencia; y me respondió: -El tío Gregorio es un carnicero de la ciudad que suele acompañarnos a comer, fumar y jugar. ¡Poquito le queremos todos los caballeros de por acá! Con ocasión de irse mi primo Jaime María a Granada y yo a Sevilla, hubimos de sacar la espada sobre quién lo había de llevar; y en esto hubiera parado la cosa, si en aquel tiempo mismo no le hubiera prendido la justicia por no sé qué puñaladillas que dio en la feria y otras frioleras semejantes, que todo

ello se compuso al mes de cárcel.

Dándome cuenta del carácter del tío Gregorio y otros iguales personajes, llegamos al cortijo. Presentome a los que allí se hallaban, que eran amigos o parientes suyos de la misma edad, clase y crianza; se habían juntado para ir a una cacería; y esperando la hora competente, pasaban la noche jugando, cenando, cantando y hablando; para todo lo cual se hallaban muy bien provistos, porque habían concurrido algunas gitanas con sus venerables padres, dignos esposos y preciosos hijos. Allí tuve la dicha de conocer al señor tío Gregorio. A su voz ronca y hueca, patilla larga, vientre redondo, modales ásperas, frecuentes juramentos y trato familiar, se distinguía entre todos. Su oficio era hacer cigarros, dándolos ya encendidos de su boca a los caballeritos, atizar los velones, decir el nombre y mérito de cada gitana, llevar el compás con las palmas de las manos cuando bailaba alguno de sus más apasionados protectores, y brindar a sus saludes con medios cántaros de vino. Conociendo que venía cansado, me hicieron cenar luego y me llevaron a un cuarto algo apartado para dormir, destinando un mozo del cortijo que me llamase y condujese al camino. Contarte los dichos y hechos de aquella academia fuera imposible, o tal vez indecente; sólo diré que el humo de los cigarros, los gritos y palmadas del tío Gregorio, la bulla de todas las voces, el ruido de las castañuelas, lo destemplado de la guitarra, el chillido de las gitanas sobre cuál había de tocar el polo para que lo bailase Preciosilla, el ladrido de los perros y el desentono de los que cantaban, no me dejaron pegar los ojos en toda la noche. Llegada la hora de marchar, monté a caballo, diciéndome a mí mismo en voz baja: ¡Así se cría una juventud que pudiera ser tan útil si fuera la educación igual al talento! Y un hombre serio, que al parecer estaba de mal humor con aquel género de vida, oyéndome, me dijo con lágrimas en los ojos: -Sí, señor.

Carta VIII

Del mismo al mismo

Lo extraño de la dedicatoria de mi amigo Nuño a su aguador Domingo y lo raro de su carácter, nacido de la variedad de cosas que por él han pasado, me hizo importunarle para que me enseñara la obra; pero en vano. Entablé otra pretensión, y fue que me dijese siquiera el asunto, ya que no me lo quería mostrar. Hícele varias preguntas.

-¿Será de Filosofía? -No, por cierto -me respondió-. A fuerza de usarse esta voz, se ha gastado. Según la variedad de los hombres que llaman filósofos, ya no sé qué es Filosofía. No hay extravagancia que no se condecere con tan sublime nombre. - ¿De Matemáticas? -Tampoco. Esto quiere un estudio muy seguido, y yo le abandoné desde los principios. Publicar en cuarto lo que otro en octavo, en pergamino lo que otros en pasta, o juntar un poco de éste y otro de aquél, se llama ser copista más o menos exacto, y no autor. Es engañar al público y ganar dinero que se vuelve materia de restitución. -¿De Jurisprudencia? -Menos. A medida que se han ido multiplicando los autores de esta facultad se ha ido oscureciendo la Justicia. A este paso, tan peligroso me parece cualquier nuevo escritor de leyes como el infractor de ellas. Tanto delito es comentarlas como quebrantarlas. Comentarios, glosas, interpretaciones, notas, etc., suelen ser otros tantos ardides de la guerra forense. Si por mí fuera, se debiera prohibir toda obra nueva sobre esta materia por el mismo hecho. -¿De Poesía? -Tampoco. El Parnaso produce flores que no deben cultivarse sino por manos de jóvenes. Las musas

no sólo se apartan de las canas de la cabeza, sino hasta de las arrugas de la cara. Parece mal un viejo con guirnalda de mirtos y violetas, convidando a los ecos y a las aves a cantar los rigores o favores de Amarilis. -¿De Teología? -Por ningún término. Adoro la esencia de mi Criador; traten otros de sus atributos. Su magnificencia, su justicia, su bondad llenan mi alma de reverencia para adorarle, no mi pluma de orgullo para quererle penetrar. -¿De Estado? -No lo pretendo. Cada reino tiene sus leyes fundamentales, su constitución, su historia, sus tribunales, y conocimiento del carácter de sus pueblos, de sus fuerzas, clima, producto y alianza. De todo esto nace la ciencia de los estados. Estúdienla los que han de gobernar; yo nací para obedecer, y para esto basta amar a su rey y a su patria: dos cosas a que nadie me ha ganado hasta ahora.

-¿Pues de qué tratas en tu obra? -insté yo, no sin alguna impaciencia-; algo de esto ha de ser. ¿Qué otro asunto puede haber digno de la aplicación y estudio? -No te canses, respondió. Mi obra no era más que un diccionario castellano en que se distinguiese el sentido primitivo de cada voz y el abusivo que le han dado los hombres en el trato. O inventar un idioma nuevo, o volver a fundir el viejo, porque ya no sirve. Aún conservo en la memoria la advertencia preliminar que enseña el verdadero uso de mi diccionario; y decía así, sobre palabra más o menos:

«Advertencia preliminar sobre el uso de este nuevo diccionario castellano. Presento al lector un nuevo diccionario, diferente de todos los que se conocen hasta ahora. En él no me empeño en poner mil voces más o menos que en otro; ni en averiguar si una palabra es de Solís, o de Saavedra, o de Cervantes, o de Mariana, o de Juan de Mena, o de Alonso el de las Partidas; ni en saber si ésta o la otra voz viene del arábigo, del latín, del cántabro, del fenicio, del cartaginés; ni en decir si tal término está ya anticuado, o es corriente; o nuevamente admitido; o si tal expresión es baja, media o sublime; o si es prosaica o si es poética. No emprendo trabajo

alguno de éstos, sino otro menos lucido para mí, pero más útil para todos mis hermanos los hombres. Mi ánimo es el publicar lisa y llanamente el sentido primitivo, genuino y real de cada voz, y el abuso que de ella se ha hecho, o sea, su sentido abusivo en el trato civil. - ¿Y para qué se toma ese trabajo? -me dice un señorito, mirándose los encajes de la vuelta. -Para que nadie se engañe - respondí yo, mirándole cara a cara-, como yo me he engañado, por creer que los verbos amar, servir, favorecer, estimar y otros tales no tienen más que un sentido, siendo así que tienen tantos que no hay guarismo que alcance. ¿Adónde habrá paciencia para que un pobre como yo, por ejemplo, se despida de su familia, deje su lugar, se venga a Madrid, se esté años y más años, gaste su hacienda, suba y baje escaleras, haga plantones, abrace pajes, salude porteros, pase enfermedades, y al cabo se vuelva peor de lo que vino? Y todo porque no entendió el verdadero sentido de unas cuantas cláusulas que leyó en una carta recibida por Pascuas, sino que se tomó al pie de la letra aquello de «celebraré que nos veamos cuanto antes por acá, pues el particular conocimiento que en la corte tenemos de sus apreciables circunstancias, largo mérito, servicio de sus antepasados y aptitud para el desempeño de cualquier encargo, serían justos motivos de complacerle en las pretensiones que quisiese entablar, concurriendo en mí otras y mayores obligaciones de servirle, por los particulares favores que debí a sus señores padres (que santa gloria hayan) y los enlaces de mi casa con la de Vm., cuya vida, en compañía de su esposa y mi señora, guarde Dios muchos y felices años como deseo y pido. Madrid, tantos de tal mes, etc». Y luego, más abajo: «B. L. M. de Vm. su más rendido servidor y apasionado amigo, que verle desea, Fulano de Tal».

»Para desengaño, pues, de los pocos tontos que aún quedan en el mundo, capaces de creer que significan algo estas expresiones, compuse este caritativo diccionario, con el fin de que no sólo no se dejen llevar del sentido dañoso del idioma, sino que con esta ayuda y un poco de práctica, puedan también hablar a

cada uno en su lengua. Si el público conociese la utilidad de esta obra, me animaré a componer una gramática análoga al diccionario; y tanto puede ser el estímulo, que me determine a componer una retórica, lógica y metafísica de la misma naturaleza: proyecto que, si llega a efectuarse, puede muy bien establecer un nuevo sistema de educación pública, y darme entre mis conciudadanos más fama y veneración que la que adquirió Confucio entre los suyos por los preceptos de moral que les dejó».

Calló mi amigo y nos fuimos a nuestro acostumbrado paseo. Discurro que el cristiano tiene razón, y que en todas las lenguas de Europa hace falta semejante diccionario.

CARTAS MARROQUINAS

Carta I

Gazel para Ben-Beley

Consegui ficar na Espanha depois do retorno do nosso embaixador, como desejei há muitos dias, e te escrevi várias vezes enquanto estava na mansão do embaixador em Madri. Minha vontade era de viajar com um objetivo, mas este não se consegue sempre na comitiva dos grandes senhores, particularmente os asiáticos e africanos. Estes não veem, digamos assim, nada além da superfície da terra por onde passam; seu luxo, não questionam em nada as coisas dignas de serem conhecidas, a quantidade de criados, a ignorância das línguas, os o quão suspeitosos que devem parecer ser nos países por onde passam, e outros motivos, eles impedem muitos meios que são oferecidos ao indivíduo que viaja com menos prestígio. Me encontro vestido como esses cristãos, sendo introduzido em muitas de suas casas, possuindo seu idioma, e com amizade muito próxima com um cristão chamado Nuño Núñez, que é um homem que já sofreu e passou por muitas alternâncias de sorte, carreiras e modos de vida. Se encontra agora separado do mundo e, segundo sua expressão, encarcerado dentro de si mesmo. Em sua companhia, as horas passam com prazer, porque ele procura me instruir sobre tudo o que pergunto; e o faz com tanta sinceridade que às vezes me diz: “Eu não entendo disto”; e outras: “Eu não quero entender disto”. Nestas conjunturas, tenho vontade de examinar não apenas a corte, como também todas as províncias da Península. Observarei os costumes deste povo, notando os que são comuns com outros países da Europa, e os que são peculiares. Procurarei me desocupar das muitas preocupações que nós, os mouros, temos

contra os cristãos, e particularmente com os espanhóis. Anotarei tudo o que me surpreender, para tratar com Nuño e depois te colocarei a par de todo o juízo que formulei sobre o assunto. Com isto, respondo às muitas que ele me escreveu me pedindo notícias do país no qual me encontro. Até então não será tanta imprudência minha que eu comece a falar do que não entendo, como seria se te dissesse muitas coisas de um reino que até agora é todo um enigma para mim, ainda que isso me seria algo muito fácil: apenas anotar quatro ou cinco costumes diferentes, a origem não me daria o trabalho de investigar, colocá-los em um estilo leve e jocoso, adicionar algumas reflexões satíricas e soltar a caneta com a mesma rapidez com a qual a tomei, completaria minha obra, como muitos têm feito. Porém você me ensinou, oh meu venerado mestre, você me ensinou a amar a verdade. Me disse mil vezes que faltar com ela é um delito mesmo nas matérias mais frívolas. Era então meu coração tão terno, e sua voz tão eficaz quando imprimiu nele esta máxima, que não a apagará a sucessão dos tempos. Alá te permita uma velhice sã e alegre, fruto de uma juventude sóbria e contida, e que desde a África, prossegue me enviando a Europa as saudáveis advertências costumeiras. A voz da virtude cruza os mares, frustra as distâncias e penetra o mundo com mais excelência que a luz do sol, pois esta última cede parte do seu império à escuridão da noite, e aquela não se escurece em tempo algum. O que será de mim em um país mais ameno que o meu, e mais livre, se não continuo com a ideia de sua presença, representada em seus conselhos? Esta será uma sombra que me seguirá em meio ao encanto da Europa; uma espécie de espírito tutelar que me tirará da beira do precipício; ou como o trovão cujo ruído e estrondo detém a mão que ia cometer o delito.

Carta II

Do mesmo ao mesmo

Ainda não me encontro capaz de obedecer às novas instâncias que você me faz sobre as observações que estou fazendo na capital desta vasta monarquia. Você sabe quantas coisas são necessárias para formar uma verdadeira ideia do país no qual se viaja? Bom, é verdade que, tendo eu feito várias viagens pela Europa, me encontro mais capaz, ou melhor dizendo, com menos obstáculos que outros africanos; porém mesmo assim, encontrei tantas diferenças entre os europeus que não basta o conhecimento de um dos países desta parte do mundo para julgar os de outros estados da mesma forma. Os europeus não parecem vizinhos: ainda que a exterioridade os tenha uniformizado nas assembleias, teatros, passeios, exército e luxo; não obstante, as leis, vícios, virtudes e governo são extremamente diversos e, por consequência, os próprios costumes de cada nação. Mesmo dentro dos costumes espanhóis, há uma incrível variedade no caráter de suas províncias. Um andaluz em nada se parece a um basco; um catalão é totalmente diferente de um galego; e o mesmo acontece entre um valenciano e um montanhês. Esta península, dividida por tantos séculos em diferentes reinos, sempre teve uma variedade de trajes, leis, idiomas e moeda. Disto você pode inferir o que te disse em minha última sobre a superficialidade dos que, por curtas observações próprias, ou talvez sem ter feito alguma, apenas pela reação dos viajantes pouco especulativos, falaram da Espanha. Deixe-me descobrir bem sua história, ler seus autores políticos, fazer muitas perguntas, muitas reflexões, apontá-las, repassá-las com maturidade, levar tempo para certificar-me do juízo que formei de cada coisa, e então prometo agradar a você. Enquanto isto, não falarei em minhas cartas nada além de minha saúde, a qual te ofereço, e da tua que desejo abundante, para que possa me ensinar, educar seus netos, governar sua família e desejo o bem de todos que o conhecem e que se relacionam

contigo.

Carta III

Do mesmo ao mesmo

Nos últimos meses que se passaram desde a última que te escrevi, me inseri na história da Espanha. Vi o que foi escrito dela desde os tempos anteriores à invasão dos nossos avós e seu estabelecimento nela. Como isto ocorreu há muitos anos e séculos, onde cada um dos quais aconteceram várias sucessões particulares, cuja influência é visível até os tempos atuais, o extrato de tudo isto é um material muito grande para ser transmitido em uma carta, e nesta espécie de trabalho não sou muito prático. Pedirei ao meu amigo Nuño que se encarregue disto e te remeterei. Não tenha medo que saia de suas mãos viciado no resumo da história do país por alguma preocupação nacional, pois ouvi dizer mil vezes que, ainda que ame e estime sua pátria por julgá-la digna de todo carinho e apreço, é muito acidental ter nascido nesta parte do globo, ou em seus antípodas, ou em outra qualquer. Neste estado esta carta permaneceu três semanas, quando me atacou uma enfermidade que fez que, durante todo o tempo, Nuño não se afastasse do meu quarto; e fazendo isto nos primeiros dias do acontecido mencionado acima, ele permaneceu até que saí do perigo. Em minha convalescência, leu para mim e eu o percebi totalmente conforme à ideia que eu mesmo havia figurado; a qual te remeto tal qual passou de suas mãos para as minhas. Não perca isto de vista enquanto durar o tempo que nos correspondemos sobre estes assuntos, por que esta é uma chave precisa para o conhecimento da origem de todos os usos e costumes dignos

da observação de um viajante como eu, que ando por todos os países que escrevo, e do estudo de um sábio como você, que vê todo o globo desde seu retiro.

“A península chamada Espanha só está contígua com o continente da Europa no lado Francês, de onde as montanhas dos Pirineus a separam. É abundante em ouro, prata, mercúrio, pedras, águas minerais, gado de excelente qualidade e pesca tão abundante quanto deliciosa. Esta feliz situação foi objeto de ganância dos fenícios e de outros povos. Os cartagineses, parte por intenção e parte por força, se estabeleceram nela; e os romanos quiseram completar seu poder e glória com a conquista da Espanha, mas encontraram uma resistência que pareceu tão estranha quanto terrível aos soberbos donos do resto do mundo. Numância, uma única cidade, lhes custou quatorze anos de sítio, a perda de três exércitos e o escárnio dos mais famosos generais; até que, reduzidos os numantinos à precisão de capitular ou morrer, pela total ruína da pátria, um pequeno número de vivos e uma abundância de cadáveres nas ruas (sem contar os que haviam servido de pasto aos concidadãos depois de terminados todos os seus mantimentos), incendiariam suas casas, atearam suas crianças, mulheres e anciãos às chamas, e saíram à morte no campo com armas nas mãos. O grande Cipião foi testemunha da ruína da Numância, pois não se pode chamar propriamente de conquistador desta cidade; sendo notório que Lúculo, encarregado de levantar um exército para aquela expedição, não encontrou recrutamento de jovens romanos para usar, até que o próprio Cipião se alistou para animá-los. Se os romanos conheceram o valor dos espanhóis como inimigos, também experimentaram sua virtude como aliados. Sagunto perdeu por eles um sítio igual ao de Numância, contra os cartagineses; e desde então os romanos formaram dos espanhóis o alto conceito que é visto em seus autores, oradores, historiadores e poetas. Porém a fortuna de Roma, superior ao valor humano, se fez senhora da Espanha como o restante do mundo, menos alguns montes da Cantábria, cuja total conquista

não consta na história, de modo que não se possa revogar a dúvida. Longas revoluções, inúteis de contar neste lugar, trouxeram do Norte enxames de nações ferozes, gananciosas e guerreiras, que se estabeleceram na Espanha. Mas com todas as delícias deste clima tão diferente do que haviam deixado, caíram em tal grau de efeminação e frouxidão, que em seu tempo foram escravos de outros conquistadores vindos do Sul. Os góticos espanhóis fugiram até os montes de uma província hoje chamada de Astúrias e somente tiveram tempo de descartar o susto, chorar a perda de suas casas e a ruína do seu reino, quando voltaram a sair obrigados por Pelayo, um dos maiores homens que a natureza já produziu.”

“Daqui se abre um teatro de guerras que durou cerca de oito séculos. Vários reinos se levantaram sobre a ruína da monarquia goda espanhola, destruindo o que queriam edificar os mouros no mesmo terreno, regado com mais sangue espanhol, romano, cartaginês, godo e mouro, ponderando o quanto alguém pode refletir com horror ao escrever e pelos olhos que veem escrito. Porém a população desta península era tal que, depois de guerras tão longas e sangrentas, ainda se contavam vinte milhões de habitantes nela. Se incorporaram tantas províncias tão diferentes em duas coroas, a de Castela e de Aragão, e ambas no matrimônio de Dom Fernando e Dona Isabel, príncipes que serão imortais entre todos aqueles que saibam o que é governo. A reforma de abusos, aumento das ciências, humilhação dos soberbos, amparo da agricultura, e outras operações semelhantes, formaram esta monarquia. A natureza os ajuda com um número incrível de insígnias de vassalos em letras e armas, e podem se lisonjear de deixar a seus sucessores um império maior e mais duradouro que o da Roma antiga (contando as Américas novamente descobertas), se tivessem conseguido deixar a sua coroa com um herdeiro masculino. O céu os negou este deleite a truque de tantos que os tinha concedido, e seu cetro passou à casa da Áustria, a qual gastou os tesouros, talentos e sangue dos espanhóis nas contínuas guerras que, assim na

Alemanha como na Itália, tiveram de sustentar Carlos I da Espanha, até que, cansado das suas próprias prosperidades, ou talvez conhecendo com prudência a vicissitude das coisas humanas, não quis se expor a seus reveses e deixou o trono a seu filho Dom Felipe II.”

“Este príncipe, acusado por posar de ambicioso e político como seu pai, porém menos afortunado, seguindo os projetos de Carlos, não conseguiu encontrar os mesmos sucessos, ainda que a custa de exércitos, tropas e bens. Morreu deixando seu povo extenuado com as guerras, envaidecido com o ouro e prata da América, diminuído com a população de um mundo novo, desgostado com tantas desgraças e desejoso de descanso. O cetro passou pelas mãos de três príncipes menos ativos para manejar uma monarquia tão grande, e na morte de Carlos II a Espanha não era nada além do esqueleto de um gigante.”

Palavras até aqui de meu amigo Nuño. Desta relação inferirás, como eu: primeiro, que esta península não gozou de paz que possa ser chamada assim em cerca de dois mil anos, e que, por consequência, é maravilhoso que ainda tenham erva nos campos e água em suas fontes, ponderação que costuma fazer Nuño quando se fala do seu atual estado; segundo, que tendo sido a religião o motivo de tantas guerras descendentes de Tarife, não é muito que seja objeto de todas as suas ações; terceiro, que o longo período com armas nas mãos os fez olhar com desprezo o comércio e a indústria mecânica; quarto, que disto seja mostrado o quanto cada nobre da Espanha se envaidece com sua nobreza; quinto, que os muitos bens adquiridos rapidamente nas Índias distraem muitos de cultivar as artes mecânicas na península e de aumentar sua população. As demais consequências morais destes eventos políticos você poderá notar nas cartas que escreverei sobre estes assuntos.

Carta IV

Do mesmo ao mesmo

Os europeus do século atual estão insuportáveis com os louvores que acumulam sobre a era em que nasceram. Se acreditasse neles, diria que a natureza humana entrou em uma prodigiosa e incrível crise precisamente nos mil e setecentos anos completos de sua nova cronologia. Cada indivíduo encontra uma grande vaidade em ter tido muitos avós não apenas tão bons como ele, mas muito melhores, e a geração inteira abomina as gerações precedentes. Não entendo isso.

Minha docilidade ainda é maior que sua arrogância. Tanto me disseram e repetiram as vantagens deste século sobre os outros, que me coloquei realmente a averiguar este ponto. Volto a dizer que não entendo isso; e acrescento que duvido que eles mesmo se entendam.

Desde a época em que eles consertam a sua cultura, encontro os mesmos delitos e misérias na espécie humana, e em nada aumentadas suas virtudes e confortos. Assim digo com minha natural franqueza a um cristão que outro dia, em uma reunião bastante numerosa, frente a uma magnífica apologia ao século atual, e quase mesmo do ano que teve a felicidade de lhe produzir. Ele se espantou de me escutar defender o contrário de sua opinião, e foi em vão quando o disse, mais ou menos do seguinte modo:

“Não nos deixemos alucinar pelas aparências e vamos ao substancial. A excelência de um século sobre o

outro, creio que deva se regular pelas vantagens morais ou civis que produzem para os homens. Sempre que estes forem melhores, diremos também que sua era é superior moralmente à que produziu tais proporções; entendendo-se, em ambos os casos, esta vantagem em maior número. Determinando este princípio, que me parece justo, vejamos agora quais vantagens morais e civis têm o seu século de mil e setecentos sobre os anteriores. No quesito civil, quais são as vantagens que tem? Mil artes se perderam das que floresciam na antiguidade; e as que se adiantaram em nossa era: o que produzem na prática, não importando o que ostentem na especulação? Quatro pescadores bascos em umas barcas ruins faziam antigamente viagens que não se fazem agora, exceto às vezes e com tantas e tais precauções que são capazes de espantar a quem se propõe a fazê-las. E a agricultura, a medicina? Sem preocupação alguma, não pode o mesmo ser dito?”

“No que diz respeito às vantagens morais, ainda que a aparência favoreça nossos dias, na realidade, o que diremos? Posso apenas assegurar que este século tão feliz em seu parecer foi miserável na experiência como os passados. Quem escreve sem lisonja a história, deixará para a posterioridade relações horríveis de príncipes destronados, tratados muito justos rompidos, muitas pátrias dignadas de amor vendidas, os vínculos matrimoniais quebrados, a autoridade paterna atropelada, os juramentos solenes profanados, o direito de hospitalidade violado, a amizade e seu nome sagrado destruídos, exércitos valorosos entregues por traição; e sobre as ruínas de tantas maldades se levanta mais um suntuoso templo de desordem geral.”

“O que foi feito dessas vantagens tão ostentadas por você e pelos seus semelhantes? Te ofereço uma breve ilustração que privou o nosso século da austeridade e o rigor dos passados; porém, você sabe para que serve essa mutação, esse enfeite que brilha em toda a Europa e deslumbra os menos sensatos? Creio veementemente que não serve para nada mais do que confundir a ordem respectiva, estabelecida para o bem de

cada estado em particular.”

“A mistura das nações na Europa fez aceitar, de maneira geral, os vícios de cada uma e a banir as virtudes respectivas. Daqui nascerá, se já não nasceu, que os nobres de todos os países tenham igual desapego à sua pátria, formando entre todos uma nação separada das outras e com idioma, traje e religião diferentes; e que os povos sejam infelizes em igual tamanho, isto é, em proporção à semelhança dos nobres. Decorrência disso é a decadência geral de todos os estados, pois apenas permanecem uns pela fraqueza dos outros, e nenhum por força ou vigor próprios. O tempo que demoram as cortes em se uniformizar exatamente no luxo e no relaxamento demorarão também as nações em se assegurarem cada uma das ambições das outras: e este grau de abatimento universal aparentará um sistema convidativo de segurança aos olhos dos políticos envaidecidos; porém os bons, os prudentes, os que merecem este nome, saberão que um curto período de tempo os reduzirá a um estado de fraqueza que prediz uma destruição breve e horripilante. Se algumas nações guerreiras e desconhecidas desembarcassem nos dois extremos da Europa, comandadas por heróis daqueles que produzem um clima, quando o outro não dá nada além de homens medianos, não duvido que se encontrariam na metade da Europa, tendo atravessado e destruído um lindo país. Quais obstáculos encontrariam da parte de seus habitantes? Não se sei digo isto com um riso ou com uma lástima: alguns exércitos muito lúcidos e simétricos, sem dúvida, porém debilitados pelo peso de suas paixões e comandados por generais os quais possuem menos do que é requerido daquele grande estímulo de um herói, isto é, o patriotismo. Não acredite que para interromper tais invasões seja suficiente como obstáculo o número de cidades fortificadas. Se reina o luxo, a preguiça e outros vícios semelhantes, fruto do relaxamento dos costumes, estes sim, sem dúvida, abrirão as portas das cidadezinhas aos inimigos. A maior fortaleza, a mais segura, a única invencível é a que consiste nos

corações dos homens, não no alto dos muros nem na profundidade dos fossos.”

“Quais foram as tropas que nos apresentaram nas margens de Guadalete os godos espanhóis? Quão rápido, em proporção de número, foram desfeitos por nossos avós, fortes, austeros e atrevidos! Quão longo e triste o tempo de sua escravatura! Quanto sangue derramado durante oito séculos para reparar o dano que foi feito a eles pela vaidade, e para sacudir o jugo que jamais teria oprimido, se tivessem mantido o rigor dos costumes dos seus antepassados!”

O apologista do século em que nascemos não estava esperando tais argumentos, muito menos os seguintes, em que contraí tudo que foi dito para seu próprio país, continuando assim:

“Ainda que tudo isto não fosse assim em várias partes da Europa, você poderia duvidar da sua? A decadência da sua pátria neste século é capaz de demonstrar todo o rigor geométrico. Fala da população? Há dez milhões de almas, metade do número de vassallos espanhóis que contava Fernando, o Católico. Esta diminuição é evidente. Vejo algumas poucas novas casas em Madri, é uma cidade tão grande; porém se sair por essas províncias verá ao menos dois terços das casas caídas, sem esperança de que ao menos uma possa algum dia se levantar. Há cidades na Espanha que já tiveram um dia quinze mil famílias, hoje reduzidas a oitocentas. Fala das ciências? No século antepassado sua nação era a mais dotada da Europa, como a francesa no passado e a inglesa na atualidade; porém hoje, do outro lado dos Pirineus, mal conhecem os sábios que assim são chamados por aqui. Fala da agricultura? Esta sempre seguiu a proporção da população. Informe-se com os anciãos do povo, e ouvirá as lástimas. Fala das fábricas? O que fizeram com as antigas de Córdoba, Segóvia e outras? Foram famosas pelo mundo, e agora as que as substituíram estão muito longe de igualarem na fama e

no mérito: se encontram muito primitivas quando comparadas às da França e da Inglaterra”.

Me preparava para prosseguir por outros ramos quando se levantou muito sufocado o apologista, olhou para todos os lados e, vendo que ninguém o apoiava, observou com distração os ponteiros dos seus dois relógios e foi embora dizendo: - “Não consiste disto a cultura do século atual, sua excelência entre todos os passados e futuros, e a minha felicidade e dos meus contemporâneos. O ponto está em que se come com mais primor; os lacaios falam de política; os maridos e os amantes não se desafiam; e desde Tróia até Almeida, não se viu produção tão honrosa para o espírito humano, tão útil para a sociedade e tão maravilhosa nos seus efeitos como os pós *sampareille* inventados pelo Sr. Friboleti na rua de São Honorato de Paris”.

- Você fala muito bem – repliquei –; e me levantei para ir às minhas orações costumeiras, acrescentando uma, muito fervorosa, para que o céu separe da minha terra os efeitos da cultura desde século, se isso se constitui no que este colocava em sua defesa.

Carta V

Do mesmo ao mesmo

Li sobre a Conquista do México pelos espanhóis e um extrato do que os historiadores escreveram sobre as conquistas desta nação naquela remota parte do mundo que se chama América, e te asseguro que tudo parece ter sido executado por magia: o descobrimento, a conquista, a posse, o domínio são outras tantas maravilhas.

Como os autores pelos quais li esta série de prodígios são todos espanhóis, a imparcialidade que professo pede também que leia o descrito pelos estrangeiros. Logo terei uma ideia média entre o que dizem estes e aqueles e creio que nessa poderei fundar o argumento mais sensato. Supondo que a conquista e o domínio daquele meio mundo tiveram e ainda têm tanta influência sobre os costumes dos espanhóis, que são agora o objeto da minha especulação, a leitura desta história particular é um suplemento necessário à da história geral da Espanha, e chave precisa para a inteligência de várias alterações ocorridas no estado político e moral desta nação. Não entrarei na questão tão vulgar de saber se estas novas aquisições foram úteis, inúteis ou prejudiciais à Espanha. Não há nenhum evento nas coisas humanas que não possa ser convertido em dano ou proveito, de acordo com a prudência que tomada.

Carta VI

Do mesmo ao mesmo

Sobre o atraso das ciências na Espanha neste século, quem pode duvidar que procede da falta de proteção encontrada por seus professores? Há cocheiro em Madrid que ganha trezentos pesos duros e cozinheiro que reúne bens; porém não há alguém que não saiba que morrerá de fome ao se entregar às ciências, com exceção às da literatura, que são as únicas que enchem a barriga.

Os poucos que cultivam as outras, são como aventureiros voluntários dos exércitos, que não recebem salário e ficam mais expostos. É um agrado ouvi-los falar da matemática, da física moderna, da história natural,

do direito das gentes e antiguidades, das letras humanas, as vezes com mais recato do que se fizessem moeda falsa. Vivem na escuridão e morrem como viveram, tidos como sábios superficiais no conceito daqueles que sabem colocar setenta e sete silogismos seguidos sobre se os céus são fluidos ou sólidos.

Estive há poucos dias falando com um sábio estudioso, dos mais condecorados de sua área, e ouvi esta expressão, por ocasião de ter sido citado na conversa um excelente assunto em matemática: “Sim, em seu país se aplicam muitos dessas coisinhas como a matemática, as línguas orientais, a física, os direitos *das gentes* e outras semelhantes”.

Porém eu te asseguro, Ben-Beley, que se entregassem prêmios para os professores, prêmios de honra, ou de interesse, ou de ambos, quais progressos fariam? Se tivessem ao menos quem os protegesse, se esmerariam sem maiores estímulos, porém não há protetores.

Tão persuadido está meu amigo com esta verdade, que falando sobre isto me disse:

“Em outros tempos, lá quando imaginava que seria útil e glorioso deixar fama no mundo, trabalhei em uma obra sobre várias partes da literatura que havia cultivado, ainda que com mais amor que sucesso. Queria que saísse sob a sombra de algum poderoso, como é natural de todo autor principiante. Ouvi um magnata dizer que todos os autores eram loucos; outro, que as dedicatórias eram estafantes; outro, que renegava aquele que inventou o papel; outro zombava os homens que imaginavam saber algo; outro me insinuou que a obra que seria mais aceita, seria a letra de uma *tonadilla*¹; outro me disse para tratar deste assunto com um criado sujo;

¹ Gênero de canção musical baseada no teatro do século XVIII na Espanha que era geralmente curto e possuía cunho satírico.
Acácia - revista de tradução, Florianópolis, v. 1, n. 2, 2018. | ISSN 2595-3915 | www.revista-acacia.com.br

outro nem quis falar; outro nem quis me responder; outro nem quis me escutar; e como resultado de tudo isto, tomei a decisão de dedicar o fruto da minha insônia ao moço que trazia a água da casa. Seu nome era Domingo, sua pátria a Galícia, seu ofício já foi dito: então colecionei todos estes preciosos materiais para formar a dedicatória desta obra”.

E ao dizer estas palavras tirou da bolsa alguns caderninhos, colocou os óculos, chegou para mais perto da luz e, depois de ter espiado, começou a ler: “Dedicatória a Domingo de Domingos, carregador de água da fonte do Ave Maria”. Meu amigo parou um pouco, e me disse: - Olha que Patrocinador! Prosseguiu lendo:

“Bom Domingo, arqueia as sobrancelhas, fica sério, tosse, gargareja, pega um pó com seriedade, boceja ruidosamente, deita-se neste banco, começa a roncar, enquanto leio esta muito humilde, muito sincera e muito justa dedicatória. O que? Você ri e me diz que é um mero carregador de água, tonto plebeu e, portanto, sujeito pouco apto a proteger obras e autores. Pois então? Para você, te parece que para ser um Patrocinador é preciso ser nobre, rico e sábio? Veja, meu bom Domingo, na falta de outros você é excelente. Quem me impedirá de te chamar, se quiser, mais nobre que Eneias, mais guerreiro que Alexandre, mais rico que Cresos, mais charmoso que Narciso, mais sábio que os sete da Grécia, e todos os outros que me vêm à caneta? Ninguém pode me impedir senão a verdade; e esta, você há de saber, não amarra às mãos dos escritores, antes que eles a ataquem, cortem suas pernas, tirem seus olhos, e tampem sua boca. Admite então, este presente literário: que saiba a posterioridade que Domingo de Domingos, de genealogia imemorial, carregador das águas das fontes mais famosas de Madri, foi, é e será o único patrono, protetor e favorecedor desta obra.

“Gerações futuras! Famílias dos séculos vindouros! Pessoas estranhas! Nações desconhecidas! Mundos

ainda não descobertos! Venerem esta obra, não pelo seu mérito, muito pequeno e trivial, mas pelo sublime, ilustre, notável, superior e nunca bastante aplaudido nome e título de meu Patrocinador.”

Você, monstro horrendo, inveja, fúria tão bem pintada por Ovídio, que só está melhor retratada na cara de alguns dos meus amigos! Morde com seus mesmos dentes pretos suas maldições e lábios raivosos, e sua língua venenosa e escandalosa; volte ao seu peito infernado a saliva envenenada que ia dar terríveis movimentos à sua boca maldita, mais horrenda que a boca do inferno, pois esta é temível apenas aos malvados e a tua boca é mais temível ainda para os bons.”

“Perdão, Domingo, por esta enxurrada de coisas, que me inspira a longa fala ao seu favor. Porém, quem na roda da fortuna não se envaidece no alto dela? Quem não se infla com o sopro lisonjeiro da sorte? Quem desde o cume da prosperidade não se julga superior aos que pouco antes se encontravam no mesmo horizonte? Você, você mesmo, a quem contemplo mais que muitos heróis que não são carregadores de água, não sente o coração cheio de uma nobre presunção quando chega com seu cântaro na fonte e todos te dão lugar? Com qual generoso fogo vi brilhar seus olhos quando recebe estes presentes dos seus companheiros, companheiros digníssimos, presentes que você tanto merece por pelos seus cabelos brancos nascidos de tanto subir e descer as escadas da minha casa e de outras! Aí daquele que resiste! Que pancada de cântaro levaria! Se todos eles se rebelassem, a todos você aterrorizaria com seu cantil e seu punho, como Júpiter aos Gigantes com seus raios e relâmpagos. Aos filósofos esta ameaça pareceria excesso ridículo de orgulho (e a de outros heróis deste tipo); porém, quem são os filósofos? Uns homens justos e amantes das ciências, que quiseram fazer todos os homens odiar as necessidades; que têm a língua uníssona com o coração e outras ridicularizades semelhantes. Voltem então, os filósofos aos seus barracos, e deixem rodar a roda do mundo pelos ares de Deus, de modo que a força

de dar voltas se desvaneça das poucas cabeças que ainda se mantêm firmes e que todo o mundo se converta em um espaçoso sanatório”.

Carta VII

Do mesmo ao mesmo

No império Marroquino todos somos igualmente desprezíveis no conceito do imperador e desprezados no da plebe, sendo muito por acaso a distinção de um ou outro indivíduo para ele mesmo, e de nenhuma esperança para seus filhos; porém, na Europa são várias as classes de vassalos no domínio de cada monarca.

A primeira consiste de homens que possuem imensas riquezas dos seus pais e deixam pelo mesmo motivo aos seus filhos considerados bens. Certos empregos são dados apenas a estes, e aproveitam com imediatismo o favor do soberano. Desta hierarquia segue outra dos nobres menos condecorados e poderosos. Seu grande número preenche os empregos nas tropas, nas forças armadas, nos tribunais, nas magistraturas e outros, que no governo monárquico não costumam se dar aos plebeus, exceto por algum mérito excepcional.

Entre nós, sendo todos iguais, e pouco duradouras as dignidades e posses, não é preciso diferenciação no modo de criar os filhos; porém na Europa, a educação da juventude deve ser vista como objeto de máxima importância. Aquele que nasce na mais ínfima classe das três, e que deverá passar sua vida nela, não necessita dos estudos, apenas saber o ofício de seu pai na medida em que o vê envelhecer. Os da segunda já necessitam

outra educação para desempenhar os empregos que irão ocupar com o tempo. Os da primeira se veem necessitados a estudar com maior obrigação, porque com 25 anos, ou mesmo antes, devem governar seus estados, que são muito vastos, dispor de imensas rendas, mandar em corpos militares, reunir com os embaixadores, frequentar o palácio e ser o exemplo dos que pertencem à segunda classe.

Esta teoria nem sempre é verificada com a exatidão que é necessária. Neste século se pode notar alguma falta disto na Espanha. Entre risos e choros Nuño me contou um empreendimento que parece de novela, no qual se encontrou, e que prova a vivacidade dos talentos da juventude espanhola, especialmente em algumas províncias; porém antes de me contar, fez o seguinte prelúdio:

- Há dias que vivo no mundo como se estivesse fora dele. Neste suposto, não sei a quantas estamos da educação pública; e o que é mais, tampouco quero saber. Quando eu era um capitão da infantaria, me via frequentemente rodeado de pessoas de todas as classes: notei esta mesma desgraça e, querendo remediá-la em meus filhos, se Deus me desse, li, ouvi, meditei e falei muito sobre este assunto. Fiz diversos pareceres: alguns sobre o que convinha tal educação, outros sobre o que convinha a outra, e também alguns sobre o que não convinha nenhuma.

Porém me lembro que indo a Cádiz, onde se encontrava meu regimento de guarnição, me extraviei e me perdi em um monte. Estava anoitecendo, quando me encontrei com um jovem cavaleiro de no máximo 22 anos, de bom porte e presença. Tinha um cavalo forte, suas duas pistolas primorosas, calças e ajustador de camurça com muitas dezenas de botões prateados, o cabelo dentro de uma redezinha branca, capa de verão caída sobre a anca do cavalo, chapéu branco e finíssimo e um lenço de seda roxo no pescoço. Nos

cumprimentamos, como é habitual, e perguntando a ele sobre o caminho de tal lugar, me respondeu que estava longe de lá; que a noite já estava próxima e disposta a reinar; que o monte não era muito seguro; que meu cavalo estava cansado; e que, em vista de tudo isto, me aconselhava e suplicava que fosse com ele à uma fazenda de seu avô, que estava a meia légua de distância. Disse tudo isto com tanta franqueza e entusiasmo, e insistiu com tanto empenho, que aceitei a oferta. A conversa foi, como de costume, sobre o tempo e coisas semelhantes; porém nela se manifestava *no* moço uma luz natural claríssima com várias saídas de viveza e feliz penetração, o qual, junto com uma voz muito agradável e gosto muito proporcional, mostrava-se nele todos os requisitos naturais de um perfeito orador; porém daqueles oradores artificiais, isto é, dos que mostram a arte por meio do estudo, não se encontrava um sequer. Já havíamos saído do monte quando, não podendo deixar de notar a beleza dos troncos que acabávamos de ver, o perguntei se cortavam aquela madeira para construção de navios.

- E o que eu sei disto? – me respondeu com presteza-, para isso, tenho meu tio, o comendador. Todos os dias não fala nada além de navios, brulotes, fragatas e galeras. Valha-me Deus, e quão pesado é o bom cavaleiro! Poucas vezes ouvimos de sua boca, um pouco trêmula pela quantidade de anos e falta de dentes, a batalha de Toulon, a tomada dos navios *La Princesa* e *El Glorioso*, a colocação dos navios de Leso em Cartagena! Tenho a cabeça cheia de almirantes holandeses e ingleses. Enquanto estiver no mundo não deixará de rezar todas as noites para São Telmo pelos navegantes; e logo entra um grande falatório sobre os perigos do mar ao mesmo tempo que segue outro sobre a perda de toda uma frota inteira, não sei em qual ano, quando o bom senhor escapou nadando, e logo uma digressão muito natural e bem trazida sobre a utilidade de saber nadar. Desde que tenho o uso da razão não vi ele se corresponder por escrito com outro além do marquês da Vitória, nem conheci ele mais arrependido do que quando soube da morte de Don Jorge Juan. Outro dia, estávamos muito

descuidados comendo, e, ao soar do relógio às três, deu uma grande palmada na mesa, que poderia quebrá-la ou quebrar as mãos, e disse, não sem muita cólera: - A esta hora foi quando soubemos que íamos no navio *La Princesa*, o terceiro navio inglês; e certamente era muito bonito: era de noventa canhões. E que veleiro! Destes nunca vi. Foi enviado por um senhor oficial. Se não por ele, os outros dois não teriam contado o lance. Porém, o que poderia ser feito? Tantos contra um! -. E nisto ele foi surpreendido pela gota que ele sofre há dias, e que nos deu um pouco de descanso, porque senão, teria vontade de ir nos contando um a um todos os lances ao mar que já havia tido no mundo desde a arca de Noé.

O garoto cessou por um momento a murmuração contra um tio tão venerável, segundo o que ele mesmo contava; e ao entrar em um campo muito plano, com dois lugarzinhos que eram vistos a uma curta distância um do outro: -Belo campo -disse eu- para dispor de setenta mil homens em batalha!- Com essas ao meu primo: o cadete de Guardas- respondeu o outro com igual desdém. Ele sabe quantas batalhas ocorreram desde que os anjos bons derrotaram os maus. E isso não é tudo, sabe também as que se perderam, porque se perderam; as que ganharam, porque ganharam; e porque ficaram indecisas as que nem ganharam nem perderam. Já haviam gasto os seus não sei quantos dobrões em instrumentos matemáticos, e tem um baú cheio de planos, que ele chama, e são umas estampas feias que não têm cara nem corpo.

Tentarei não falar mais do exército que da marinha, e apenas disse a ele: - Não está longe daqui a batalha que se deu no tempo de Dom Rodrigo e foi tão custosa como nos conta a história. -História! – disse-. Me alegraria que estivesse aqui meu irmão o canônico de Sevilha; eu não aprendi, porque Deus me deu uma biblioteca viva de todas as histórias do mundo. É um moço que sabe qual cor era o vestido que estava vestindo

o rei Dom Fernando quando tomou Sevilha.

Já chegávamos próximo da fazenda, sem que o cavaleiro me tivesse contestado nenhum assunto de todos os que falei. Minha natural sinceridade me levou a perguntar a ele como tinham o educado, e me respondeu: - Ao meu gosto, ao da minha mãe e ao do meu avô que era um senhor muito ancião que gostava de mim como a menina dos seus olhos. Morreu com cerca de cem anos de idade. Tinha sido capitão de Lanças de Carlos II, em cujo palácio foi criado. Meu pai bem queria que eu estudasse, porém teve pouco tempo de vida e autoridade para conseguir isto. Morreu sem ter o gosto de me ver escrever. Já tinha procurado um tutor para mim, e a coisa estava realmente indo, quando um pequeno acidente descompôs tudo.

- Quais foram suas primeiras lições? – perguntei a ele. – Nenhuma – respondeu o rapaz-; eu já sabia ler um romance e tocar umas seguidilhas; para que precisa de mais um cavaleiro? Meu senhor, bem que quis me levar para Honduras, porém fui muito mal e teria sido muito pior. O caso foi que eu tinha me reunido com outros amigos em um confinamento. Soube disto e veio atrás de mim para se opor à minha vontade. Chegou precisamente no momento em que os vaqueiros andavam me ensinando como apanhar a vara. Não pude trazer sua desgraça para ocasião pior. A segunda palavra que quis falar, dei uma varada tão forte no meio da cabeça, que abri nela mais gomos que uma laranja; e graças que me contive, porque meu primeiro pensamento foi bater a vara como em um touro de dez anos; porém, pela primeira vez, me contentei com o que foi dito. Todos gritavam: Viva o rapaz! E até o tio Gregório, que é homem de poucas palavras, exclamou: - Ele usou vossa senhoria como um anjo do céu!

Quem é esse tio Gregório? Perguntei a ele, atônito de que aprovasse tal insolência; e me respondeu: - O

tio Gregório é um açougueiro da cidade que costuma comer, fumar e jogar conosco. Gostamos dele eu e todos os cavaleiros daqui! Com a partida do meu primo Jaime Maria para Granada e eu para Sevilla, tivemos que disputar na espada para ver quem o levaria; e nisto teria terminado as coisas se naquele mesmo tempo não tivesse sido preso por não sei quais socos que deu na feira e outras coisas não importantes, que tudo se recompôs em um mês na prisão.

Estava percebendo o caráter do tio Gregório e outros personagens iguais quando chegamos na fazenda. Me apresentou aos que ali se encontravam, que eram amigos ou parentes seus da mesma idade, classe e criação; tinham se juntado para ir à uma caça e esperando a hora exata passavam a noite jogando, jantando, cantando e falando; para todo o qual se encontravam muito bem atendidos, porque haviam participado algumas ciganas com seus pais veneráveis, esposos dignos e filhos preciosos. Ali tive a oportunidade de conhecer o senhor tio Gregório. Sua voz rouca e oca, costeletas longas, barriga redonda, modos ásperos, juramentos frequentes e trato familiar, se distinguia entre todos. Seu trabalho era fazer cigarros, dando eles já acendidos da sua boca para os jovens cavaleiros, avivar as velas, dizer o nome e o mérito de cada cigana, guiar o compasso com as palmas das mãos quando algum dos seus protetores mais apaixonados dançava, e brindar às suas saúdes com jarros de vinho. Sabendo que estava cansado, me fizeram jantar cedo e me levaram a um quarto um pouco afastado para dormir, e ficou determinado que um moço da fazenda me chamasse e me conduzisse o caminho. Contar os ditos e feitos daquela reunião seria impossível ou talvez indecente; apenas direi que o fumo dos cigarros, os gritos e palmadas do tio Gregório, o barulho de todas as vozes, o ruído das castanholas, o arranhar do violão, o agudo das ciganas sobre quem deveria tocar a canção para que dançassem *Preciosilla*, o latir dos cachorros e o destoar dos que cantavam, não me deixaram pregar os olhos durante toda a noite. Chegada a hora de partir,

montei no cavalo, dizendo para mim mesmo em voz baixa: Assim se cria uma juventude que poderia ser tão útil se a educação fosse tão boa quando o talento. E um homem sério, que ao que aparentava estava de mau humor com aquele estilo de vida, ao me ouvir disse com lágrimas nos olhos: - Sim, senhor.

Carta VIII

Do mesmo ao mesmo

A estranheza da dedicatória do meu amigo Nuño ao seu carregador de água Domingo e o seu caráter muito peculiar, nascido da variedade de coisas que se passaram com ele, me fez o importunar para que me mostrasse a obra; porém em vão. Comecei com outra pretensão, e não me disse sequer o assunto, já não queria me mostrar. Fiz várias perguntas a ele.

- Será que é de Filosofia? -Não, com certeza – me respondeu-. A força de usar esta palavra está gasta. Segundo a quantidade de homens que se chamam filósofos, já não sei o que é Filosofia. Não tem extravagância que não se condecere com um nome tão sublime. – De Matemática? – Tampouco. Isto requer um estudo com afinco e eu o abandonei desde o começo. Publicar um quarto do que o outro publicou inteiro, escrever em um pergaminho o que outros fizeram em metal, ou juntar um pouco deste e outro daquele se chama copista mais ou menos exatamente, e não autoria. É enganar o público e ganhar dinheiro que se torna uma questão de restituição. – De Jurisprudência? – Muito menos. A medida que se vão multiplicando os autores desta disciplina se vai escurecendo a Justiça. Nesta etapa, me parece muito perigoso qualquer novo escritor de leis como o

infrator delas. É um delito tanto comentá-las como quebrá-las. Comentários, explicações, interpretações, notas, etc., costumam ser outros tantos truques da guerra forense. Se dependesse de mim, deveriam proibir qualquer nova obra desta matéria feita pelo mesmo fato. – De poesia? – Tampouco. O Parnaso produz flores que não devem ser cultivadas senão pelas mãos dos jovens. As musas não apenas arrancam os cabelos brancos da cabeça, como até as rugas da cara. Não cai bem um velho com uma guirlanda de murtas e violetas, convidando os ecos e as aves para cantar os rigores e favores de Amarílis. – De Teologia? – De modo algum. Adoro a essência do meu Criador; que outros tratem dos seus atributos. Sua magnificência, sua justiça, sua bondade, enchem minha alma de reverência para o adorar, não minha caneta de orgulho para querer penetrá-lo. – De Governança? – Não pretendo. Cada reino possui suas leis fundamentais, sua constituição, sua história, seus tribunais, e conhecimento do caráter dos seus povos, da suas forças, clima, produto e aliança. De tudo isso nasce a ciência dos estados. Que a estudem os que devem governar; eu nasci para obedecer, e para isto basta amar seu rei e sua pátria: duas coisas que ninguém me conquistou até agora.

- Pois então de que trata sua obra? – eu insisti, não sem impaciência-; algum destes tem de ser. Que outro assunto pode ser digno de aplicação e de estudo? – Não se canse, respondeu. Minha obra não era nada mais do que um dicionário de castelhano onde se distingue o sentido primitivo de cada palavra e o abuso que deram os homens no seu uso. Ou invente um novo idioma, ou reformule o velho, porque aquele já não serve. Ainda mantenho na memória a advertência preliminar que guia o verdadeiro uso do meu dicionário; e dizia assim, com mais ou menos estas palavras:

“Advertência preliminar sobre o uso deste novo dicionário de castelhano. Apresento ao leitor um novo dicionário, diferente de todos os conhecidos até agora. Nele não me empenho em adicionar mil palavras a mais

ou a menos do que em outro; nem em averiguar de uma palavra provém de Solís, ou de Saavedra, ou de Cervantes, ou de Mariana, ou de Juan de Mena, ou de Alonso o das Partidas; nem em saber se esta ou aquela palavra vem do árabe, do latim, do cântabro, do fenício, do cartaginês; nem em dizer se tal termo é antiquado, ou se é corrente; ou novamente utilizado; ou se tal expressão é baixa, média ou sublime; ou se é prosaica ou se é poética. Não me dedico a nenhum trabalho destes, porém outro menos lúcido para mim, e mais útil para todos os meus irmãos, os homens. Minha vontade é de publicar clara e amplamente o sentido primitivo, genuíno e real de cada palavra, e o abuso que dela foi feito, ou seja, seu sentido abusivo no trato civil. – E para que serve este trabalho? – me diz um jovem, olhando os vazios ao redor. – Para que ninguém se engane – o respondi, olhando-o cara a cara-, como eu me enganei, por acreditar que os verbos: amar, servir, favorecer, estimar e outros tais não têm mais de um sentido, sendo que têm tantos que não há algarismo que alcance a contagem. Aonde haverá paciência para que um pobre como eu, por exemplo, se despeça de sua família, deixe seu lugar, venha a Madri, fique anos e anos, gaste suas finanças, suba e desça escadas, faça mudas, abrace pajens, comprimente porteiros, passe por enfermidades, e ao fim retorne pior do que veio? E tudo isto porque não entendeu o verdadeiro sentido de algumas cláusulas que leu em uma carta recebida por Pascoas, mas que levou tudo ao pé da letra em “celebrarei que nos vejamos o quanto antes por aqui, pois o conhecimento particular que temos na corte, temos das suas circunstâncias agradáveis, muito mérito, serviços de seus antepassados, aptidão para o desempenho de qualquer encargo, seriam bons motivos para agradá-lo nas pretensões que quisesse envolver, estando entre minhas variadas e maiores obrigações servi-lo, por todos os favores particulares que devi aos seus pais (que se encontrem na santa glória) e as ligações de minha casa com a de VM., cuja vida, na companhia de sua esposa e minha senhora, que Deus conceda muitos e felizes anos como desejo e peço. Madri, dia tal do mês, etc”. E logo mais embaixo “B. L. M. de VM. seu servo mais submisso e amigo apaixonado, que

deseja te ver, Fulano de Tal”.

“Para a decepção, pois, dos poucos tontos que ainda restam no mundo, capazes de acreditar que estas expressões significam algo, compus este caridoso dicionário, a fim de que não apenas não se deixem levar pelo sentido nocivo do idioma, como também com esta ajuda e um pouco de prática, possam também falar cada um em sua língua. Se o público conhecesse a utilidade desta obra, me animaria a compor uma gramática análoga ao dicionário; e o estímulo pode ser tanto que me determine a compor uma retórica, lógica e metafísica da mesma natureza: projeto que, se chega a ser efetuado, pode muito bem estabelecer um novo sistema de educação pública, e me dar, entre meus concidadãos, fama e veneração como a que adquiriu Confúcio entre os seus, pelos preceitos de moral que deixou a eles”.

Meu amigo se calou e fomos ao nosso passeio habitual. Discorro que o cristão tem razão, e que em todas as línguas da Europa faz falta um dicionário semelhante a este.

REFERÊNCIAS

CALDASO, José. **Cartas Marruecas**. Barcelona: Imprenta de Juan Francisco Piferrer, impresor de S. M. 1796.